del Dios de los humildes, Trono del Rey de los perseguidos por la justicia! Sólo en Ti me gloriaré; Tú eres mi única alegría, mi única esperanza, mi único amor; Tú eres mi salud y mi santidad.

Mírote cuando la víbora de la tentación me muerde y con su letal veneno emponzoña mi alma, y sólo con mirarte siento renacer la vida en mí, como renacía en los israelitas del desierto cuando, mordidos por las serpientes, miraban la Cruz del monte.

¡Oh Cruz, piedra angular del mundo, llave de la Historia, consumación de todos los misterios, cumplimiento de todas las profecías, fundamento de toda sociedad civilizada! ¡Oh Cruz, puerta del Cielo y muerte del pecado, compendio de toda virtud y de toda ciencia, escarnio del mundo y sabiduría de Dios!

Mírante los impíos y blasfeman de Ti; los mundanos, y te desprecian; los tibios, y quedan indiferentes; los fervorosos, y ante Ti se postran; los Santos, y ante Ti se extasían y contigo se abrazan. Mírante los sabios del mundo y llámante necedad; mírante los sabios de Dios y no hallan saber fuera de Ti, ni verdad sin tu verdad, ni luz sin tu luz, ni riqueza sin tu pobreza, ni alegría sin tu dolor.

Triunfa, Cruz de mi Dios; triunfa de las potestades del mundo, sé el estandarte de todas las naciones, alúmbranos desde los templos y las plazas, desde los monumentos y las torres, desde los valles y las escarpadas cimas, en la tierra, en el mar y en los aires. Triunfa, Cruz de mi Dios, para que todos se gloríen en Ti y en Ti se inspiren las artes y las ciencias, las sociedades y los gobiernos.

Siglo tuyo, siglo de la Cruz será el venidero, porque los ejércitos de la Cruz, los humildes, los pobres, los perseguidos, los Santos Crucíferos, por tu virtud han de dominar la tierra y someterla á tu imperio soberano. Todos te adorarán, todos se gloriarán en Ti, todos cantarán tus alabanzas.

«Salve, Crux sancta, salve, mundi gloria;
Vera spes nostra, vera ferens gaudia;
Signum salutis, salus in periculis;
Vitale lignum, vitam ferens omnium,
Te adoramus, te Crucem vivificam...»

(*Luz Católica*, núm. 14=3 Enero 1901).

II

«In hoc signo vinces». (1)

Para probar el título de este capítulo y dar la mejor razón de por qué el Gran Monarca vencerá enarbolando la Santa Cruz por bandera, nada creemos tan concluyente como referir los principales hechos que del poder de la Santa Cruz nos refiere la historia. Empecemos sin más preámbulos.

Seis emperadores á un tiempo, con títulos de Augustos ó Césares, reinaban en el imperio romano por los años de 306, y de ellos quedaban cuatro en el 311: Constantino en las Galias, Maxencio en Roma, Maximino y Licinio en Oriente. Pero así como para el advenimiento del Mesías y establecimiento de su Iglesia convino que el imperio fuese regido por un solo soberano, así convenía para el triunfo de la Iglesia en todo el orbe, y el Señor dispuso con su sabia Providencia las cosas de suerte que quedase Constantino emperador único en Oriente y Occidente.

Maxencio traía escandalizado el Occidente con sus tiranías y su desenfrenada liviandad. Forzaba á los senadores á cederle sus mujeres, quitándoles la vida si oponían resistencia; consentía que sus soldados matasen, robasen y violasen á mansalva; cometió, en fin, tantos y tan abominables abusos, que el Senado

(1) Exceptuados los artículos VII, VIII y XIV de este capítulo, todos los demás están tomados del núm. 77 de *Luz Católica*=27 Marzo 1902.

romano pidió á Constantino viniese á librar el imperio de aquel monstruo.

Constantino, ya muy inclinado al Cristianismo por las exhortaciones del gran Osio, Obispo de Córdoba y confesor de Santa Elena, madre del mismo emperador, reunió un ejército que no pudo ser mayor de 40.000 hombres, para marchar sobre Roma, donde Maxencio formó el suyo de unos 180.000 soldados.

Iba Constantino franqueando los Alpes, muy preocupado de la suerte de su empresa; porque si bien era grande el valor de los españoles y galos que componían su ejército, era temible el número de los soldados de Maxencio.

«Estas reflexiones,—dice su contemporáneo y biógrafo Eusebio de Cesaréa, en la vida que de él escribió (c. 28 y 29) —convenciéronle de que para triunfar de Maxencio había menester fuerzas superiores á las de sus armas, y entonces levantó sus ojos á la Divinidad, acordándose de que su padre Constancio había menospreciado el culto de las impotentes divinidades del imperio y honrado toda su vida al Dios Supremo, el cual le colmó de señalados favores. Invocó, pues, al Dios de su padre, suplicándole con vivas instancias que le protegiese en aquellas circunstancias gravísimas; y mientras así oraba con humildad profunda, Dios hizo aparecer á sus ojos una señal por extremo sorprendente, de la que luego nos dió fe con solemne juramento el mismo emperador».

La verdad de la historia no necesita acogerse á este juramento para su incontrastable firmeza, porque la aparición se verificó en medio del día, brillando el sol en todo su esplendor, y fué vista por todo el ejército lo mismo que por Constantino. Era una Cruz que se destacaba resplandeciente en los cielos encima del sol, como si éste le sirviera de peana, y había en ella una inscripción de letras de fuego que decía: IN HOC SIGNO VINCES; *Con esta Enseña vencerás.*

Perplejo estaba Constantino sobre el significado de esta visión; pero el mismo Dios de la Cruz se la explicó, apareciéndole en sueños por la noche con la misma enseña que al mediodía le mostró en el cielo, y

mandándole que hiciese un estandarte coronado de esta misma señal, para servirse de él en los combates como prenda segura de victoria.

Ningún crítico ni incrédulo se atrevió jamás á negar estos hechos tan bien probados, ni siquiera Juliano el Apóstata, hasta que trece siglos después vino el infame Voltaire á fingir que los ponía en duda. No defendamos la verdad de la aparición; sería rebajarla: baste entregar á Voltaire y su escuela al más bajo desprecio.

Constantino mandó poner al punto en sus estandartes la Cruz con el monograma de Cristo, y construyó uno especial en forma de Cruz, á que dió el nombre de *Lábaro*. No se sabe qué significado tenía esta palabra; pero desde entonces se llamó *Lábaro* el estandarte de los emperadores cristianos, y por extensión suele darse el mismo nombre á toda bandera de cruzados coronada por la santa Cruz.

«Mandó Constantino, dice el P. Mariana, que el estandarte real, que llamaban lábaro y los soldados le adoraban cada día, se hiciese en forma de Cruz. De esta ocasión y principio, como algunos sospechan, vino la costumbre de los españoles, que escriben el santo Nombre de Cristo con X y con P griega, que era la misma forma del lábaro. Compruébase esto por una piedra que en Oreto, cerca de Almagro, se halló de tiempo de Valentiniano el Segundo, donde se ve manifiestamente cómo el Nombre de Cristo se escribía con aquellos nombres y abreviatura».

Fortalecido Constantino por estas visiones y promesas del Dios de los cristianos, baja los Alpes, marcha impertérrito sobre Roma, y á nueve millas de ella, en *Saxa rubra*, encuéntranse los dos ejércitos. La religión antigua y la nueva se miran frente á frente en las orillas del Tíber, á vista del Capitolio; los soldados de Júpiter Capitolino y de Cristo Crucificado van á decidir cuál de los dos cultos debe dominar en el mundo; el Lábaro se levanta por encima de todas las banderas; ha empezado apenas la batalla, y el ejér-

cito de Maxencio es hecho pedazos por las tropas de Constantino; triunfan los cuarenta mil de los ciento ochenta mil, y el mismo tirano, huyendo, cae del puente Milvio y perece ahogado en el Tíber. La Cruz ha vencido, la Cruz va á dominar al mundo, la Cruz será en adelante garantía de victoria para los ejércitos cristianos: *In hoc signo vinces.*

Constantino entra triunfante en Roma con universal regocijo del Senado y del pueblo, que le saludan *Libertador de la patria*, y su primer cuidado es rendir público y solemne tributo de acción de gracias al Autor de su victoria; coloca la Cruz sobre el Capitolio; erige en la plaza pública un monumento en honor de la Santa Cruz, y al pie hace grabar esta inscripción:

«Por este Signo de salud, fortaleza de mi fortaleza, he salvado la ciudad, librándola del yugo de la tiranía; he devuelto la libertad al Senado y al pueblo de Roma; he restablecido el imperio en su antigno estado de nobleza y de gloria».

Constantino se había convertido á Jesucristo y proclamado el imperio de la Cruz; no tardaría en convertirse todo el imperio; mas quedaba todavía en Oriente el emperador Licinio, triunfador de Maximino, que murió en la derrota, y era menester que Constantino convirtiese sus armas contra el victorioso tirano oriental. Tomó, pues, cincuenta hombres escogidos de su guardia pretoriana, los más fornidos, bravos y amantes de la Cruz, y les confió el Lábaro para que lo custodiasen y enarbolasen en los campos de batalla. Llamáronse CRUCIFEROS estos abanderados, casi todos españoles; y según testifica el citado Eusebio, donde quiera que ellos levantaban la gloriosa Enseña, al punto el enemigo emprendía precipitada fuga.

Una sola vez parece que el enemigo no huyó, y fué para que se obrase un milagro estupendo. El mismo Eusebio lo cuenta con palabras del propio empe-

rador Constantino. El que llevaba el Estandarte, olvidando que ninguno de los abanderados fué jamás herido mientras lo sostenía, y espantado al ver la horrible mortandad que las flechas enemigas hacían en derredor suyo, entrególo á otro abanderado y apeló á la fuga; pero al mismo punto una flecha enemiga le atravesó el corazón. El que tomó la Enseña ó Lábaro permaneció firme; el asta de aquel divino estandarte quedó erizada de flechas; y siendo tantas las que había en un palo, ninguna tocó al Lábaro ni al abanderado. Por fin el enemigo fué despedazado, y el ejército vencedor adoró la Cruz con todo el fervor que tan patente milagro le infundía. Con tan manifiesta protección del Dios de la Cruz, Constantino había de triunfar necesariamente de Licinio.

«Con diversos pretextos, dice D. Modesto Lafuente, se encienden varias guerras entre estos dos emperadores: en todas va venciendo Constantino, hasta obligar á su rival á deponer la púrpura, humillado á las plantas del vencedor. Poco después murió ahogado Licinio, viniendo á quedar así Constantino dueño y señor único del imperio. Ya la religión de Cristo cuenta con la protección de la púrpura imperial, antes enemiga y perseguidora. El principio civilizador de la humanidad ha subido desde la cabaña de Galilea hasta el trono de los Césares; se anunció bajo Augusto, y se entronizó con Constantino. Un santo alborozo se difunde por toda la cristiandad; las persecuciones han cesado; ya pueden los sacerdotes y los fieles salir de las sombras de las catacumbas á celebrar sus ritos á la luz del día en templos erigidos y dotados por el mismo emperador; la Cruz se ostenta sobre los edificios públicos, y el Lábaro ondea en los campamentos de los soldados».

III

Milagros de la Santa Cruz.

No vamos á referir los innumerables que se leen en las crónicas cristianas y libros de edificación, sino

solamente tres ó cuatro que hacen muy á nuestro intento. Empecemos aquí por el que dió á conocer á Santa Elena cuál era la verdadera Cruz de Cristo nuestro Bien.

En cuanto al origen de la Santa Cruz, hay varias versiones, todas muy respetables, y fundadas todas en la tradición de que este árbol de vida era un tronco del mismo árbol de muerte, cuyo fruto hizo caer en pecado á nuestros primeros padres. La crítica no tiene gran cabida acerca de estas tradiciones, por la escasez que hay de datos y elementos de criterio. Quédese, pues, la piedad con sus devotas creencias; y en cuanto á nuestra opinión, que es la de San Vicente Ferrer, habrán visto nuestros lectores la leyenda que arriba, art. I, publicamos, aceptando una de las indicadas versiones.

Pocas noticias han llegado á nosotros acerca del culto de la Santa Cruz en los tres primeros siglos del Cristianismo; y á juzgar por el silencio de los monumentos é historiadores, parece que se descuidó generalmente descubrir el paradero de la verdadera Cruz. Así convenía en aquellos siglos idólatras, para que el culto del sagrado Leño no diese á unos ocasión de idolatrar, ni á otros pretexto de calumniar con este motivo la devoción de los fieles; pero triunfó Constantino, se convirtió el imperio, la Cruz iba á ser glorificada por todo el mundo, y con esto era llegada la hora de que apareciese el verdadero Leño de nuestra redención. Para ello destinó el Señor á la Emperatriz Santa Elena, madre de Constantino, inglesa según unos y española al decir de otros, pero de todos modos hija espiritual del español Osio, que fué la más notable figura de aquellos tiempos.

Ahora bien; ¿cómo había desaparecido la Santa Cruz? Muy sencillamente. Era costumbre de los judíos enterrar las cruces muy cerca del cadáver de los que en ellas eran ajusticiados; esto se hizo con la del Sal-

vador, y enterrada quedó por espacio de tres siglos. Los cristianos, sin embargo, tenían tal devoción á visitar los Lugares Santos donde se obró nuestra redención, que el emperador Adriano, para vejarlos y acabar con las peregrinaciones, hizo nivelar la cumbre del Gólgota y erigir un gran templo á Venus, en cuyo perímetro estaba encerrado el sitio donde Cristo fué sepultado. En el sitio donde se levantó la Cruz erigióse una gran estatua de Júpiter.

Resuelta, pues, Santa Elena á no perdonar medio de hallar el precioso tesoro de la Cruz, visitó los Santos Lugares el año 315 según Eusebio, ó 326 según Baronio, y teniendo ya más de setenta años de edad. Hizo entre los habitantes de Jerusalén minuciosisímas indagaciones, consultó el caso con personas competentes, y por fin adquirió el convencimiento de que, descubriendo el Sepulcro del Salvador, bien cerca hallaría la Santa Cruz. En consecuencia, hizo demoler el templo de Venus y derribar la estatua de Júpiter; quitados todos los escombros, hiciéronse grandes excavaciones, y después de mucho trabajo se halló el Santo Sepulcro.

Junto á él había tres cruces; los clavos que sirvieron para la crucifixión del Señor, así como el rótulo del *Inri*, allí estaban también; pero sueltos, de modo que no se sabía cuál de las tres cruces era la del Salvador. En estas dudas, San Macario, Obispo de Jerusalén, tuvo la inspiración de llevar las tres cruces á casa de una distinguida dama que estaba muriendo; y encomendando al Señor con ferviente plegaria el buen éxito de su tentativa, aplicó una por una las cruces á la moribunda. Nada obraron en ella las dos primeras; mas así que se la puso en contacto con la tercera, de repente se levantó perfectísimamente sana.

Transportada de gozo Santa Elena por este milagro que descubría la verdadera Cruz, emprendió en seguida la edificación de un grandioso templo en el

mismo lugar donde fué hallada, y en él depositó el santo Madero, encerrado en un riquísimo estuche. La crítica anticristiana no ha podido jamás hincar el diente en estos sucesos, demasiado públicos y auténticos para que racionalmente puedan ponerse en tela de juicio. La Iglesia Católica celebra este acontecimiento el día 3 de Mayo, con el título de *Invención de la Santa Cruz*.

No muchos años después, en 365, agitado el mar por horrible tormenta, lanzaba sus furibundas olas tierra adentro en las costas de la Dalmacia. La ciudad de Epidauro, invadida por estas olas gigantescas, estaba anegándose y cayendo derruída. Espantados los vecinos, corren á la celda de San Hilario, hácenle salir al teatro de la devastación y le ponen ante aquellas olas impetuosísimas. El santo hace tres cruces en la arena, extiende los brazos hacia el mar, y las olas, rugiendo y entumeciéndose, se elevan como inmensa montaña y en seguida se deslizan mansamente á su nivel, y se calma el abismo proclamando el poder de la Cruz sobre los desencadenados elementos. Este es uno de los primeros milagros que narran las historias, después de los del Lábaro de Constantino y la invención de Santa Elena.

Quince años después, ó sea en 380, acontecía el primero de los ruidosos milagros de la Santa Cruz que la historia nos recuerda obrados en favor de un individuo. Era éste una mujer pecadora, cuya corrupción pública no obstante, quiso adorar la Cruz en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. No pudo lograr su intento María Egipciaca, este era su nombre. Por más esfuerzos que hizo para entrar, una fuerza misteriosa la tenía como clavada en el suelo á vista del público. Comprendiendo ella la causa, allí mismo pidió á Dios perdón de sus pecados, con firme promesa de repararlos, y entonces pudo entrar, adoró á su Dios, le juró fidelidad, y no faltó á su palabra.

Fué una gran Santa. Los Padres del segundo Concilio de Nicea invocaron este milagro de la conversión de Santa María Egipciaca en prueba de la santidad del culto de las imágenes.

Pasemos siglos, que no hay lugar para darlo á los milagros insignes que narran las crónicas, y vengamos á San Francisco Javier. Anunciaba este gran Santo el Evangelio en el reino de Travancor, á la sazón que los badages, tribus ferocísimas, invadieron el territorio. Toma el Santo un Crucifijo y sale al encuentro de los bárbaros, seguido de muchos cristianos; manda de parte de Dios á los salvajes que retrocedan al punto, y aquellas hordas, llenas de terror, huyen en desorden y abandonan el país para siempre.

¿Quién no tiene noticia de lo acontecido á mediados del siglo XIX en Lyón al Padre Jandel, que penetrando autorizado en una logia masónica presidida por el demonio en persona, le hizo huir despavorido mostrándole la Cruz?

«La cruz de Jesucristo, exclama San Agustín, tiene una virtud sobrenatural para poner en fuga á legiones de demonios, para darnos fuerza con que vencerlos y preservarnos de los lazos que nos tienden». «Armado de la Cruz, dice San Gregorio Nacianceno, no temo nada, no temo á nadie, y digo al demonio: huye de mí, pérfido, si no quieres que te eche á tierra con esta Cruz, á cuya presencia tiembla todo tu imperio».

Católicos, hermanos míos, ¿habrá sido alguna vez tan necesaria como hoy la fe en la virtud de la Santa Cruz, para vencer al infierno desbordado que donde quiera nos persigue y avasalla?

IV

Apariciones de la Cruz en Jerusalén.

Remontémonos otra vez al siglo IV. El 7 de Mayo del año 351 apareció en los aires de Jerusalén,

encima del monte Calvario, una Cruz luminosa, de que fué testigo toda la ciudad. Su Obispo San Cirilo juzgó oportuno enterar del prodigio al emperador Constancio, y al efecto le dirigió la siguiente carta:

«El día de Pentecostés (7 de Mayo) hacia las nueve de la mañana, apareció en el cielo una Cruz luminosa que se extendía desde el monte Calvario hasta el monte Olivete (unos cuatro kilómetros). No la vieron una ó dos personas solas, sino toda la ciudad; ni fué, como pudiera creerse, uno de esos fenómenos fugaces que se disipan al momento, sino que brilló por espacio de muchas horas seguidas á vista de los expectadores, y con tal resplandor, que los rayos del sol no podían aminorarlo; es decir, que brillaba más que el sol, puesto que la luz de éste no pudo desvanecerla.

»Todos los habitantes de Jerusalén, penetrados de un santo temor y alegría espiritual, corrieron en tropel á la iglesia. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y hasta las vírgenes alejadas del mundo, ciudadanos y extranjeros, cristianos é infieles, pues aquí hay gentes de todas las naciones y creencias, á una voz publicaban las alabanzas de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, verdadero autor de los milagros; y reconocían que la fe de los cristianos no se funda en los discursos persuasivos de la sabiduría humana, sino en pruebas claras de la intervención divina; y confesaban que no son los hombres solamente los que propagan esta fe, sino también el testimonio de Dios que con tales milagros la confirma.

»Nós, que habitamos en Jerusalén y con nuestros propios ojos vimos el milagro, hemos dirigido á Dios, Soberano Señor del universo, nuestros homenajes de adoración y acción de gracias, y seguiremos tributándolos á su Hijo Unigénito, al mismo tiempo que desde estos santos lugares le dirigimos nuestros votos y se los dirigiremos siempre, por la prosperidad de vuestro feliz reinado. Nós hemos creído que no nos era lícito guardar silencio acerca de tan patente milagro; por eso desde el día en que apareció resolvimos comunicar la maravillosa noticia á un príncipe de tan excelente piedad, á fin que, edificando sobre el sólido fundamento de su fe, la noticia de este prodigio divino le confirme y dé mayor confianza en Nuestro Señor Jesucristo».

Las últimas palabras parecen aludir á las opiniones heterodoxas de Constancio, enemigo declarado de la Iglesia Católica y ardiente fautor del arrianismo; pero ocurría un hecho que San Cirilo ignoraba, y es que

en el instante mismo de la aparición de la Cruz, aquel emperador se hallaba en Panonia con su ejército, presenciando desde allí la aparición de Jerusalén, y próximo á librar batalla contra el tirano Magnencio, que, al frente de un formidable ejército de paganos, quería hacer un supremo esfuerzo para restablecer la religión de los dioses del Olimpo y del Capitolio. Entrambos ejércitos vieron la Cruz aparecida, según la Crónica de Alejandría, que da detalles de que San Cirilo no hace mención, tales como el de estar la Cruz rodeada de una corona semejante á un arco iris.

Sócrates el Escolástico habla asimismo de esta Cruz en su *Historia Eclesiástica;* y el arriano Filostorgo se ocupa del suceso en los mismos términos que Sócrates, bien que añade algunas particularidades como la siguiente: «Esta aparición fué vista claramente por los dos ejércitos, poniendo un espanto indecible en el corazón de Magnencio y de sus soldados, sectarios todos del culto de los ídolos, al paso que á Constancio y sus gentes infundió un valor indomable». Es de presumir cuál sería el efecto del espanto de unos y ánimo de otros: Magnencio fué horriblemente derrotado; la santa Cruz dió á las armas cristianas una nueva victoria de recuerdo imperecedero.

El calendario de la Iglesia de Oriente, que refiere este milagro y parece haber copiado la carta de San Cirilo, fija su conmemoración á 7 de Mayo y usa de expresiones tan bellas como esta:

«La tierra fué un día santificada por la erección de la Cruz, y después lo fueron los aires por la aparición de ella».

La sana crítica ha puesto constantemente estos sucesos entre los más auténticos é indiscutibles; de ellos nadie hasta hoy ha podido dudar racionalmente. Cierto que Constancio era hereje, y por tanto, indigno de tan gran favor; pero es menester advertir que el imperial hereje capitaneaba un ejército de soldados

cristianos y casi todos católicos, que iban á luchar con el ejército de los abominables dioses del paganismo. Quizá contra la intención de Constancio, era aquella una guerra de la Cruz contra el demonio, de la Iglesia contra el error, y la Cruz triunfó con sólo aparecer en el aire.

Pasemos ahora al tiempo de Juliano el Apóstata. Todo el mundo sabe que este enemigo mortal de Jesucristo quiso dar un mentís á las maldiciones lanzadas contra el templo de Jerusalén por el Hijo de Dios, que había declarado no quedaría allí piedra sobre piedra. Juliano osó emprender su reedificación; mas he aquí lo que en su oración IV nos refiere entre otros San Gregorio Nacianceno, condiscípulo del furioso César:

«Un torbellino de viento que se levantó de repente y un violento terremoto hicieron dejar la obra, cuando aún se hallaba en los cimientos.—Una circunstancia referida por todos, y en la que todo el mundo conviene unánimemente, es que cuando los trabajadores apelaron á la fuga para evitar el peligro que les amenazaba, salió un fuego de los fundamentos del templo, bien pronto llegó á ellos, consumió á unos, mutiló á otros, dejándoles á todos las más visibles marcas de la cólera del cielo. Tal fué el acontecimiento: nadie sea tan incrédulo que ponga en duda este prodigio, á menos que igualmente no quiera dudar de otras obras milagrosas de Dios.

»Pero lo que hubo aquí de más notable y pasmoso fué una luz que apareció en el cielo en forma de Cruz encerrada en un círculo; este signo augusto que habían mirado los impíos como un oprobio en la tierra, estaba á la sazón elevado en los cielos, y patente á la vista de todos los hombres, como un trofeo de la victoria del Omnipotente sobre sus enemigos; trofeo el más ilustre y el más brillante que jamás hubo.

»Hay más; los que estaban presentes y miraban el prodigio hacen ver aún en el día las cruces que se imprimieron en sus vestidos. Cuando aquellos que se encontraban entonces allí, fueran fieles ó infieles, consideraban aquellas marcas en los otros, bien pronto vieron con sorpresa la misma señal en ellos mismos y en sus vecinos. Estas señales eran una luz brillante impresa en el cuerpo ó las vestiduras, que sobrepu-

jaba por su lustre y su belleza á todo cuanto el arte y la habilidad pueden dar de fino en un dibujo ó bordado».

He ahí lo que refiere el ilustre Doctor de la Iglesia con el candor de los hijos de Dios. Esto no impide al demasiado famoso Doelinger rebuscar una explicación natural de la aparición y aplicación de aquellas cruces, en sus *Orígenes del Cristianismo*. En lo cual le imita considerable número de cristianos reputados católicos, que creen en Jesucristo Dios, pero tienen suficiente despreocupación y desvergüenza para poner en duda ó negar estas intervenciones del Dios de la Cruz en favor de la Iglesia y de la Patria, y de los ejércitos que santamente las defienden.

V

Exaltación de la Santa Cruz.

Tal es el título de la festividad que la Iglesia celebra el día 14 de Septiembre, festividad que inauguró la Iglesia griega ya en los tiempos de Constantino, al parecer, y que después cobró gran esplendor y pasó al Occidente, con motivo del triunfo en que acabó la guerra librada por el emperador Heraclio contra los persas, desde el año 621 al 629.

Cosroes II, rey de Persia, y llamado por sus mismos cortesanos «Azote del género humano», se apoderó de Jerusalén, incendió las iglesias de la ciudad santa, se llevó cautiva gran parte de la población, robó todo lo que pudo haber á mano, en especial los vasos sagrados, cometió un sinnúmero de crueldades inauditas, y lo que fué más de lamentar, llevóse consigo el santo leño de la verdadera Cruz, con la riquísima caja de plata en que se guardaba cerrado y sellado.

Reos de muchos pecados eran así los cristianos de

Jerusalén como, en general, los demás del imperio, y Dios les castigó con tan terrible azote y les quitó aquel Arbol de vida que no eran dignos de poseer. Pero dispuso la divina Providencia que el santo Zacarías, Patriarca de Jerusalén, fuese del número de los cautivos, para que no faltase al santo depósito de la Cruz un vigilante guardián.

Prosiguiendo Cosroes sus conquistas, se apoderó del Egipto y de cuantas provincias romanas había entonces en Asia y Africa, y no tardó en volver al Oriente griego y poner á Constantinopla en trance apuradísimo. El emperador Heraclio se acobardó de tal suerte, que dispuso fugarse precipitadamente; y lo hubiera efectuado, á no impedírselo en público el Patriarca Sergio, que asiéndole del brazo le conjuró en nombre de la Religión que cumpliese con sus oficios de emperador.

Este arranque levantó los ánimos abatidos, resonó por todas partes el grito de guerra, cobró Heraclio insólito valor, diéronle los ricos alhajas y dinero, los monasterios y las iglesias le hicieron donación de los vasos sagrados para convertirlos en moneda con que ocurrir á los gastos, y poco después Heraclio pasó el Bósforo con fuerte ejército para oponerse á la devastadora marcha de Cosroes.

Una vez al otro lado del estrecho, reunió su ejército, y tomando en sus manos el Lábaro santo, juró por el Dios de la Cruz, en presencia de sus electrizadas legiones, combatir al frente de ellas hasta morir ó vencer, sin abandonarlas nunca, nunca, más que para conducirlas á la victoria si permanecían fieles al divino Rey de la Cruz.

Desde entonces, trasformado su ejército de cristiano tibio en fervoroso, de apocado en valiente y de indisciplinado en modelo de disciplina, paseó de victoria en victoria el estandarte de la Cruz por el Asia, mientras en Europa se oraba públicamente por el

triunfo de las armas imperiales. La ira del Señor aplacada, iban los cristianos á reconquistar lo perdido.

El entusiasmo religioso del ejército de la Cruz, dirigido por la ciencia de los combates y protegido por el Señor Dios de los ejércitos, hizo prodigios, obró milagros, destrozó en solas tres batallas los tres formidables ejércitos reunidos sucesivamente por Cosroes, el cual al fin murió asesinado por su propio hijo Siroes. Este pidió la paz á Heraclio, el cual se la concedió, haciendo al reino persa tributario del imperio, recobrando todos los cautivos y todos los territorios usurpados por Cosroes; y sobre todo, rescatando el Madero venerable donde murió crucificado el Redentor del mundo.

El Patriarca Zacarías, libre de su dura cautividad, acompañó hasta Constantinopla el precioso Depósito de que con tan admirable solicitud había cuidado en la Persia; y terminada con esto su misión, falleció en llegando á la corte imperial. La caja de la santa Cruz fué respetada mientras estuvo en poder de Cosroes y bajo la vigilancia de Zacarías; los sellos estaban todavía intactos cuando se decidió retornar la santa Cruz á Jerusalén, lo cual verificaron en la primavera del año 629 el mismo emperador Heraclio y el Patriarca Modesto, sucesor de Zacarías.

Un milagro se verificó al ir á poner la Cruz en el mismo lugar en que la había colocado la emperatriz Santa Elena; de este milagro, así como de los acontecimientos hasta aquí referidos, dan fe el Breviario y los antiguos historiadores Cedreno, Zonara, Suidas, Nicéforo, Glycas, Teófanes, Adón, Sigeberto, Surio y otros muchos.

Fué que, habiendo querido Heraclio llevar sobre sus hombros con grandísima pompa el santo Madero, así que llegó á la puerta de la ciudad por donde se va al Calvario, repentinamente aumentó de tal manera el peso de la Cruz, que el emperador no pudo adelantar

un paso por más esfuerzos que hizo. Atónito se quedó el imperial devoto, no menos que la inmensa muchedumbre presente, no sabiendo á qué atribuir aquel prodigio; mas el Patriarca Modesto, reparando en el oro, púrpura y piedras preciosas de que iba cubierto el emperador, díjole: «Señor, ¡no sea que ese ornato que ostentáis esté poco en armonía con la pobreza y la humildad de Cristo caminando cargado con la Cruz!»

En efecto; habiéndose descalzado Heraclio y puéstose un pobre vestido, pudo llevar como ligera carga el sagrado Leño montaña arriba, hasta el mismo lugar en que fué fijado cuando el Redentor del mundo murió clavado en él. Se aviene mal la pobreza de la Cruz con la ostentación de las riquezas; los pobres han de regenerar con la Cruz el mundo, no los ricos con el poder de sus riquezas.

VI

La batalla de las Navas.

Para la corta descripción que la escasez de espacio nos permite hacer de esta memorable batalla ganada por la virtud de la Santa Cruz, creemos del caso ceder la palabra á los padres Flórez y Mariana. Dice el primero en su *Clave historial:*

«El Arzobispo de Toledo D. Martín, había hecho una entrada por tierra de los moros, en que salieron éstos maltratados. Para vengar estos daños, pasó á España el Miramamolín de Africa, Aben Juzeph, que logró algunas ventajas contra el Rey de Castilla; y lisonjeado del feliz auspicio, volvió al año siguiente á otra campaña con más crecido número de almohades, árabes y aun etiopes. No bastaba Castilla contra tantos. Castilla y Aragón hicieron treguas con los moros.

»Acabadas las competencias entre los Reyes Católicos, se acababan también las treguas con los moros, previniéndose

unos y otros. Mahomad, hermano de Aben Juzeph, que era ya Miramamolín, juntó tanta multitud de combatientes, que se prometía acabar con cuantos adoraban la Cruz, y hacer luego prisioneros á tres Reyes. Unense los reyes de España; pasa el Arzobispo D, Rodrigo á brindar á los Príncipes cristianos á esta guerra sagrada; trae de Roma la indulgencia de la Santa Cruzada; crúzanse los caminos de innumerables tropas; previene el Rey Alfonso para los bagages no menos que setenta mil carros; á las fuerzas se añaden oraciones y ayunos; concurre el Cielo enviando, según se creyó, á San Isidro Labrador en traje de pastor, para que venza montes de dificultades en las marchas; llegan en fin á las llanuras de las Navas de Tolosa, donde descubriendo el campo del enemigo, descubrieron también lo majestuoso y precioso de la tienda del Miramamolín, que sobre lo fuerte del sitio en que estaba sentada, se hallaba circunvalada toda de cadenas y de los más esforzados alfanges de su ejército.

»Alentaron unos y otros á los suyos: el Cielo, dicen algunos, representó á los nuestros en el aire el estandarte del triunfo, que es la Cruz; y á los toques marciales de unos y otros, se siguieron los primeros encuentros, en que prevaleció la fuerza del contrario, para que luégo sobresaliese el triunfo de los nuestros. Recóbranse, reúnense, revístense de los últimos esfuerzos, avanzan como debían avanzar, soldados con la lanza y espada, cristianos con la Cruz y el Real Estandarte de María. Caen los bárbaros que no pueden huir; huyen cuantos no llegan á caer; truécase en retaguardia la vanguardia; síguenlos y persíguenlos los nuestros; mueren unos doscientos mil moros, sin que hubiese de parte de los nuestros más pesar, que el que entre tanto ejército sólo murieron por Cristo veinticinco, dudándose de treinta. Y pasó más allá de la batalla la victoria, pues pasando á Ubeda, que jamás supo ser vencida, fué tomada con muerte de setenta mil moros».

«Otra maravilla, añade el P. Mariana en su *Historia General de España;* que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vió rastro de sangre, según que lo atestigua el mismo Don Rodrigo. Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la Crnz que de varios colores se vió en el aire así que querían pelear. Otros refutan esto por no hacer el Arzobispo Don Rodrigo mención de cosa tan grande. Verdad es que todos concuerdan en que Pascual, á la sazón canónigo de Toledo, y que después fué Deán y Arzobispo, con la Cruz y guión que llevaba, como es de costumbre, delante del Arzobispo Don Rodrigo, pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recibir algún daño, dado que todos le pretendían

herir con sus dardos; y muchas saetas que le tiraban quedaron hincadas en el asta de la Cruz, cosa que á los nuestros dió mucho ánimo y puso grande espanto en los moros».

Se ve por lo dicho que los buenos historiadores no garantizan el hecho de la aparición de la Cruz en los aires; pero no contradicen la opinión afirmativa, sino que la respetan, pues en realidad se conforma con las reglas críticas. Aunque la aparición de la Cruz no pudiera sostenerse, no por eso la crítica católica dejaría de atribuir terminantemente el triunfo á la virtud de la santa Cruz, merced á las oraciones y penitencias arriba indicadas, que en los reinos españoles se hacían públicamente, y á las que se hacían en Roma; de las cuales la *Historia Eclesiástica* de D. Vicente Lafuente dice lo que sigue:

«Mientras que los cruzados españoles ganaban las alturas de Sierra Morena de un modo que se creyó milagroso, el Papa Inocencio III, cual otro Moisés, elevaba sus brazos al cielo por el triunfo de aquellos españoles, los cuales iban á combatir medio millón de musulmanes, que juraba poner la media luna sobre el templo de San Pedro en Roma y convertirle en establo de sus caballos. En la rogativa que se hizo por el triunfo de los españoles, el Papa iba á pie descalzo y llevaba en sus manos el santo madero de la Cruz; se impuso á todos los romanos un día de riguroso ayuno, y el Papa celebró de Pontifical para los hombres en la iglesia de Letrán, mientras que todas las mujeres, sin exceptuar las monjas, asistían á los oficios en la iglesia de la Santa Cruz.

»La Providencia oyó los gemidos del Padre de los fieles y la confianza de los Prelados, y vió con gratos ojos el esfuerzo de aquellos Cruzados, que antes de entrar en acción se habían purificado con la oración y la penitencia. Sopló el viento de su ira, y medio millón de musulmanes corrió aguijado de las picas de los cristianos, favorecidos visiblemente por la protección del cielo. El estandarte del Amir-Anasir fué colocado como trofeo en el templo mismo de San Pedro en Roma, donde el bárbaro pensaba enarbolarlo en señal de triunfo, y la Iglesia de España, en memoria de tan gran suceso, solemniza el día 16 de Julio el triunfo de la Santa Cruz, en memoria del que consiguió en las Navas en igual día del año 1212».

VII

La Cruz y las Españas.

El divino poder de la Cruz no dió la victoria á nuestros antepasados únicamente en la memorable jornada de las Navas, sino en todas cuantas victorias alcanzaron de musulmanes, infieles y herejes. Al hecho de las Navas hemos consagrado un artículo especial, dándole la preferencia, porque la Iglesia lo preparó con sus oraciones y sus indulgencias de Cruzada y luégo lo aceptó en su liturgia, para que en lo sucesivo glorificasen al Rey de Reyes los españoles con la fiesta del *Triunfo de la Santa Cruz*.

La Cruz ha sido siempre la Bandera de las Españas. Pelayo se levantó en Covadonga enarbolando la Cruz, una sencilla Cruz de roble que sirvió de guión y enseña á sus heroicos soldados. Tenía la seguridad de vencer con ella, porque según autorizada tradición, junto á Cangas de Onís se le apareció en los aires *La Cruz de las Victorias*, como al emperador Constantino, antes de replegarse con sus bravos en Covadonga.

La restauración de Pelayo fué obra de la Santa Cruz; tan convencidos de ello estaban los héroes de Asturias, que á la enseña de su caudillo pusieron por nombre *La Cruz de las Victorias*, y para ensalzar su memoria le consagró D. Favila el templo de la Santa Cruz en las inmediaciones de Cangas, en el mismo sitio donde su padre la vió en los aires.

Un siglo después, llevóla D. Alonso III al castillo de Gauzón, atalaya de Asturias, guarneciéndola con planchas de oro y rica pedrería y poniendo en ella una inscripción en forma de cruz, donde se lee: «*Con esta señal es protegido el pío*; *con esta señal es vencido el enemigo*».

Siguió la Santa Cruz decidiendo con la victoria nuestras batallas durante dos siglos. Pensando entonces Alfonso el Casto demostrar la gratitud de la renaciente España al divino Rey de la Cruz con una joya mejor que la Cruz de las Victorias, ideó construirla del oro y pedrería cogidos á los moros, cuando, según la tradición, dos ángeles disfrazados de peregrinos se le aparecieron y ofrecieron á construirla; consintiólo él, y en un instante la halló hecha tal como hoy se ve, habiendo desaparecido los dos ángeles: por este hecho se la llama *Cruz Angélica*.

Discute este origen la crítica; pero lo indudable es que debemos la Cruz Angélica á la devoción del Rey Casto y que por su mérito artístico é histórico es una de las primeras joyas de la arqueología patria. Entre los versos de su inscripción se leen los mismos que en la Cruz de las Victorias: *Hoc signo tuetur pius; hoc signo vincitur inimicus*.

La restauración pirenaica no fué menos obra de la Cruz que la cantábrica. He aquí lo que á este propósito copiamos del grave autor últimamente citado:

«Entre todos estos hechos descuella una tradición que los habitantes de aquellos países han mirado siempre con una veneración singular. El primer caudillo de aquella insurrección, á quien apellidan Garci-Jiménez, deseando acreditar el acierto de la elección que en él había recaído, avanzó con unos seiscientos hombres hasta la villa de Ainsa, de que se apoderó por sorpresa. Noticiosos los Sarracenos de aquel golpe de mano, acudieron contra los insurgentes con poderosa hueste: al entrar en acción vieron los Cristianos una Cruz roja sobre una encina; alentados con tal portento, dieron sobre los contrarios, derrotándolos á pesar de su número excesivamente superior.

»Desde entonces, tomaron por divisa la Cruz sobre un árbol; y á creer á los antiguos, la naciente monarquía se llamó, por tanto, de *Sobrarbe*.—El hecho es que la Cruz de Sobrarbe ha sido siempre la principal divisa de la restauración pirenaica, y que el reino de Aragón jamás dejó de usar la Cruz por enseña, aunque de distintas formas, según las épocas y los triunfos que en ellas debió á la divina Providencia. Aquellos pobres cristianos, con este piadoso símbolo manifestaban

esperar tan sólo su independencia del que, muriendo en la Cruz, dió al mundo salud, libertad y vida.

»A la Cruz primera de Sobrarbe sobre una encina, siguió otra Cruz griega antigua, con una espiga en la parte inferior, como para llevarla clavada en un asta. Sucedió á ésta la Cruz roja de San Jorge, flanqueada por cuatro cabezas de reyes moros, como recuerdo de la batalla de Alcoraz, ganada por aragoneses y navarros. Finalmente, las cuatro sangrientas barras en campo dorado, que usó el reino desde su unión á Cataluña, significaban, según San Bernardo, los cuatro palos de la Cruz; pero estas ya no son propiamente las armas de Aragón, sino de los Condes de Barcelona».

Sin la Cruz no se hubiera salvado España; aun hoy sería una especie de Turquía meridional. Propósito firme de todos aquellos antiguos españoles era el que siglos después formuló el gran Aparisi Guijarro de esta manera: *«A la sombra de la Cruz nacimos; á la sombra de la Cruz moriremos»*. Apenas hay una de nuestras gloriosas tradiciones de la Reconquista en que no brille esplendoroso el poder de la Santa Cruz, lo mismo que la protección de la Inmaculada Patrona y Generalísima de las Españas.

Palmo á palmo las reconquistaron nuestros padres al amparo de la Cruz, hasta abatir para siempre en Granada el inmundo pendón de la Media Luna. En memoria de aquella Cruzada, bendecida é indulgenciada por la Iglesia, y de la última victoria de nuestra reconquista, los Reyes Católicos erigieron en Granada la iglesia y el convento de Santa Cruz.

Aquí nos ocurren los siguientes párrafos de un reciente sermón predicado en Madrid por el ilustre y sabio D. Ramiro Fernández Valbuena, Penitenciario de la Primacial de Toledo:

«La publicación de la Santa Bula de Cruzada, que se hace hoy en la capital de la monarquia española, nos recuerda aquella gran epopeya de la lucha de la fe contra la herejía y superstición; la predilección del Cabeza de la iglesia con España, por haber mantenido enhiesta la bandera de la Cruz durante ocho siglos contra la media luna; y el valor heróico de los cruzados que derramaron su sangre en favor de Dios y de su patria.

En ninguna nación cristiana fuera de la nuestra, se conserva la Bula de la Cruzada, no obstante haberse concedido á cuantas tomaron parte en las guerras contra los infieles, que fueron todas las de Europa. Y es que solamente en nuestra España se conservaba la profunda fe en las gracias de la Bula, y se pedía ésta con instancia á la Santa Sede, cuando en los demás reinos había pasado á la historia.

Con esto (la toma de Granada) parecía que debieran haberse terminado las cruzadas en nuestra patria; pero no habían de pasar muchos años sin que los españoles, fieles siempre á las tradiciones de su fe y á las energías de su raza, pidieran otra vez á la Iglesia santa el auxilio de las armas espirituales para vencer á los enemigos de una y de otra; y la Iglesia concede esos auxilios á sus hijos predilectos, para que puedan derrotar á la reforma protestante en la guerra movida por los príncipes alemanes adictos á las doctrinas de Lutero contra el emperador Carlos V; y por no insistir más en este punto, todavía en el último tercio del siglo XVI se concedieron por S. Pío V las gracias de la Cruzada á la armada que combatió en Lepanto bajo la dirección y mando de D. Juan de Austria.

Desde aquella época la Cruzada española ha continuado sin interrupción, aunque en otra distinta forma, ya que nuestros católicos monarcas no han cesado de pedir á los Romanos Pontífices las gracias de Cruzada para sí y para sus vasallos, ni los Papas han dejado de concederlas periódicamente.

Cuanto somos y cuanto valemos lo debemos á la Cruz, y el día en que la Cruz desapareciera de nuestro suelo, éste, tan feraz como el primero del mundo, se convertiría en un Sahara; y nosotros sus habitantes volveríamos al estado de salvajismo de los primeros moradores de la Hesperia.

Pero á la Cruz se la ha declarado guerra sin cuartel en nuestra patria por algunos, por muchos de sus hijos extraviados, hace más de un siglo; y así ha ido desapareciendo de los sitios públicos de nuestras ciudades y villas el símbolo de la redención humana y de la libertad de los hijos de Dios, símbolo que no podían mirar sin rabia los hijos de las tinieblas, que consiguieron retirarle de la vista pública, como si fuera un baldón de ignominia para los pueblos.

Ha llegado la hora de una nueva cruzada, no ya contra enemigos exteriores, sino contra nuestros mismos hermanos según la carne. Moisés mandó degollar en un solo día por orden de Dios 23.000 israelitas adoradores del becerro de oro; Matatías y su hijo Judas recorrieron las ciudades de Israel, antes de luchar contra los ejércitos de Siria, y dieron muerte á los impíos y á los perversos, con lo cual se aplacó la ira de

Dios sobre aquel pueblo; San Agustín, que en el terreno científico había derrotado á los donatistas, viendo que éstos se valían de hombres perdidos y desalmados, llamados *circunceliones*, para acometer y dar muerte á los católicos que no querían pasar al partido de Donato, pidió contra ellos el auxilio del ejército imperial. Por más esfuezos que hizo santo Domingo de Guzmán para convencer y convertir á los albigenses, no fué posible reducirlos á la razón sino por medio de las armas de los Cruzados. Ni tampoco hoy, amados fieles, cesarán los enemigos de la fe en sus tropelías, mientras no sean convencidos con el argumento de las armas.

Nos encontramos en circunstancias análogas á las en que se hallaban los católicos del mediodía de Francia en la época de Santo Domingo de Guzmán, ó en las que se encontraron los católicos alemanes cuando la confederacién protestante que tenía por jefe al elector de Sajonia.

Ahora como entonces se persigue á los religiosos y sacerdotes, se incendian los templos, se impiden los actos del culto externo, y por todos los medios se procura hacer guerra, no ya de ideas por medio de la palabra y de la prensa, que á éstas ya respondemos los católicos en igual forma, aunque no con la valentía que debiéramos, sino guerra externa con actos de fuerza; á los cuales es necesario oponer también la fuerza. ¿No lo veis? ¿no escucháis los gritos salvajes y ensordecedores del ejército enemigo, que se apresta á dar la última batalla y aniquilar la Iglesia de Dios? Asomaos á las cavernas de los trogloditas de nuestro siglo, y oiréis rugidos como de fieras, y conoceréis planes de exterminio que os harán helar la sangre en las venas.

Y nosotros, hijos de los Cruzados, que conmemoramos hoy y celebramos la publicación de la Cruzada, ¿estaremos tranquilos sin aprestarnos á defender nuestros imprescriptibles derechos de hombres y de cristianos? ¿Veremos con indiferencia pecaminosa el avanzar de nuestros enemigos destruyendo sucesivamente, pero sin dar tregua á la mano, las fortificaciones católicas?

No, no ha de ser así. Una nueva Cruzada se impone; y como lo que ha de ser, será, *no faltará un Godofredo que, puesto al frente de las huestes de la Cruz, reconquiste la ciudad santa de la fe; no dejará de presentarse en la hora oportuna un Raimundo de Fitero que sepa unir amigablemente* LA CORAZA DEL GUERRERO CON LA COGULLA DEL MONJE, *y que guiando sus mesnadas de decididos campeones, haga morder el polvo á los más audaces de la nueva morisma; pues* AUN CUANDO ALGUIEN LE CONDENA, LA IGLESIA LE BENDECIRÁ *y colocará en los altares,* **para escarmiento de cobardes y enseñanza de presuntuosos**».

VIII

La guerra de "Los Segadors,, (1).

A un catalanista.

¿Y es usted, tan blasonador de su catolicismo y de su catalanismo, el que ignora la gloriosísima historia católica de la gloriosísima Cataluña? ¡Vivir para ver!

Confiesa V. que no alcanza á comprender cómo puede enlazarse la santa Cruz con el Regionalismo catalán, «sin desencajar aquélla de su pedestal religioso y rebajarla á las cuestiones políticas y económicas». No sabe «qué lazo puede haber entre la Religión y la autonomía»; no se explica «por qué hemos de procurar antes la primera que la segunda»; no entiende «por qué razón ó ilusión se ha de esperar que unos cuantos crucíferos que ahora son (somos) inermes y privados de recursos, lleguen á ser tantos y se desvíen tanto de su misión religiosa, que por fuerza de armas venzan á la revolución y establezcan la autonomía administrativa en las regiones iberas».

Ámigo mío, parte V. de un funestísimo supuesto herético, cual es el que la Religión debe separarse de la política, que la Cruz es incompatible con la espada, que Dios nada tiene que ver con el gobierno y la administración de los pueblos.

Además, parece que finge V. ignorar lo que hemos publicado sobre el sello católico del Regionalismo, ya considerado en cuanto á los Fueros, ya en cuanto á los Privilegios, etc.

Ni he de explicar aquí lo primero ni repetir lo

(1) Del núm. 6 de *La Señal de la Victoria.*

segundo; de lo uno y lo otro hemos escrito mil páginas, que V. puede leer si desea convencerse. Por toda contestación, ya que V. la desea pública y á muchos puede hacer bien, le recordaré lo que V. parece ignorar: un episodio de la grandiosa historia catalana, ó más claro, el principio de la famosa guerra de *los Segadors*.

Nada digo del desarrollo de aquella funestísima guerra; porque si degeneró en guerra civil de separatismo, los cortesanos del inepto Felipe IV, y en particular su ominoso favorito el Conde-Duque, fueron los verdaderos culpables. Cataluña se vió forzada á separarse de Castilla y acogerse á Francia, so pena de entregar sus códigos de libertad cristiana al pasto de la caballería de Felipe; y si en algo erró, bien demostró su buena fe con las públicas y oficiales rogativas, solemnes fiestas, penitencias y demás, con que en cien ocasiones imploró los auxilios del cielo contra el tiranizador ejército del adulado monarca. Pudo errar, pudo pecar; pero Dios que la quería española, acogió sus plegarias, purificándola terriblemente de su error, con el triple azote de la guerra, de la peste y del hambre, y premiando su fe y su patriotismo con el mantenimiento íntegro de sus Fueros y libertades, bajo el mismo cetro del escarmentado nieto de Felipe II.

Dicho sea todo en honor de Cataluña, señaladamente de Barcelona, á quien por aquella guerra conservan odio profundo los unitaristas del liberalismo, y aun muchos católicos que beben en fuentes históricas adulteradas por los defensores de la licencia gubernativa y enemigos de las libertades regionales.

Ahora bien; ¿por qué se promovió aquella guerra y cuáles fueron los principios? Cien autores lo traen; mas, por lo visto, V. lo ignora, como lo ignoran otros muchos, aun siendo catalanes, y muchísimos más que no lo son. Espanta leer los atroces crímenes de todo género que las tropas de Fernando, acabada la guerra

en el Rosellón, cometían con absoluta impunidad en donde quiera se alojasen. Sin embargo, Cataluña, que contribuyó á la victoria en el Rosellón con 30.000 combatientes pagados á sus expensas, sufría aquel horrible desenfreno de la soldadesca, esperando que de Madrid se pusiera remedio.

¡Vana esperanza! Los crímenes aumentaban por todas partes; incendios, robos, asesinatos, sacrilegios, violaciones en masa, crueldades inauditas, sangre y ruinas, desolación y muerte acompañaban á las tropas por donde quiera. ¿Cómo no había de surgir de tanto estrago la guerra vengadora del oprimido catalán, á quien por todo socorro enviaba la corte insultos gravísimos y le encadenaba con nuevas é inauditas tiranías?

Con todo esto, faltaba un crimen horrendo que agotase la paciencia de los catalanes, y fué cometido en varios infelices pueblos por aquellas turbas armadas. Un documento oficial de aquella época, dice que los segadores, que de todas partes acudían á Barcelona como todos los años, «estaban quejosos de algunos ministros Reales, por las opresiones que éstos les habían hecho en el tránsito de los soldados y *por no haber castigado las quemas del Santísimo Sacramento*».

Mentira parece que soldados cristianos y españoles violasen, robasen, incendiasen tantas iglesias, cometiendo sacrilegios inauditos con el augustísimo Sacramento de nuestros Altares. Esto acabó de exacerbar á los pueblos de la alta Cataluña, especialmente del Ampurdán, y unos en pos de otros, al grito de *¡Viva la Religión!* y capitaneados por la Cruz, alzáronse contra el desmoralizado ejército.

A 22 de Mayo de 1640, llegaron á las puertas de Barcelona tres mil segadores bien armados, de diversos puntos de Cataluña, «llevando á guisa de estandarte,—dicen Coroleu y Pella—la imagen grande de

un Cristo Crucificado, y á voz en cuello gritaban:—*Via fora! Visca la Iglesia! Visca lo Rey, y muyra lo mal govern!* Entráronse por la ciudad y con gran tumulto de voces se alborotó ella totalmente, y cayeron derribadas las puertas de la cárcel á los pies del diputado Tamarit».

Quince días después, fiesta del Corpus, un nuevo atropello irritó á los segadores, los cuales se levantaron contra la tiranía á los gritos de:—*Visca la Santa Mare Iglesia! Visca lo Rey! Muyran los traidors!*

Ya no había remedio; Cataluña en masa tuvo que seguir la causa de los segadores, que era la suya, y empezó formalmente aquella guerra ensañadísima que Felipe IV agravaba con sus absolutistas inepcias, y que no acabó sino con la caída del conde-duque y el desengaño y nueva política del monarca.

Ninguna mira separatista llevaban los segadores. Llenos de fe y patriotismo, saqueados y abrevados de ofensas y deshonras por la soldadesca, levantáronse al ver profanados sus templos y el Santísimo Sacramento; no contra la autoridad, sino por ella; no contra la patria, sino por la patria; no contra el rey, sino por el rey. Levantáronse contra el mal gobierno, contra la tiranía de los áulicos, contra los verdugos de Cataluña; *¡Visca lo Rey y muyra lo mal govern!* Eso gritaban después de dar vivas á la Iglesia, y llevando la Cruz por bandera. El Clero en masa les secundó: la Iglesia vino en socorro de la Patria.

¿Qué le parece á V., buen amigo? ¿Pueden algo los pobres, los desvalidos—bien lo eran *los segadors*—cuando se levantan á luchar por la Iglesia y por la patria enarbolando la Cruz? ¿Y V. que es catalán y catalanista ignoraba esa gloriosa página de la historia de Cataluña? Y si no la ignoraba, ¿cómo V. mismo no respondía con ella á sus preguntas y se explicaba sus vanas dudas?

¡Cuántos hay que se levantan á sabios críticos,

debiendo bajar á alumnos de primera enseñanza! Perdone V., que si V. no merece esta exclamación, la merece el caso.

IX

Otros triunfos de la Santa Cruz.

Evagro y Procopio, antiguos historiadores de crítica ordinariamente severa y de una gran reputación de exactitud, narran un hecho revestido de todos los caracteres de milagro, acaecido en Apamea, ciudad del Asia menor, hacia el año 540.

Cosroes I, llamado el grande, rey de Persia como después lo fué Cosroes II de quien arriba hemos hablado, sitió con fuerte ejército la ciudad de Apamea, después de haber incendiado la de Antioquía y otras poblaciones cercanas. Teniendo la misma suerte los habitantes de Apamea, suplicaron á Tomás, su Obispo, que expusiese á la pública veneración de los fieles la reliquia insigne de la verdadera Cruz que su iglesia poseía, con el fin de elevar sus plegarias al Cielo en presencia del instrumento de nuestra Redención, ó al menos tener el consuelo de adorarle antes de morir.

Tan unánime fué este voto, que el Obispo hizo más de lo pedido; no sólo expuso la veneranda reliquia, sino que diferentes veces la llevó en procesión por la iglesia, elevándola sobre su cabeza para que todos la viesen y adorasen. La afluencia era considerable cada vez que se hacía esta ceremonia; y lo raro hubiera sido que no acudiese la ciudad en masa, pues la sagrada reliquia aparececía siempre rodeada de llamas ardientes como las de un violento incendio.

Pero las llamas fueron preservativas, porque Cosroes desapareció de un modo inesperado, y Apamea se vió libre de las violencias de aquel tirano; en testimonio de lo cual, y del reconocimiento de la ciudad

al Dios de la Cruz, se erigió en el ábside mismo de la iglesia un monumento conmemorativo, con una inscripción que perpetuase la memoria del milagro. Cedreno afirma que la milagrosa Cruz de Apamea fué trasladada á Constantinopla, corriendo el año noveno del imperio de Justino II, ó sea en 573.

Acontecimientos análogos abundan en las crónicas cristianas; y si no todos son tan claramente milagrosos como el de Apamea, siempre son maravillosos y rara vez deja de descubrirse en ellos el dedo de Dios. Citemos por vía de ejemplo lo acaecido en Augsburgo.

Hordas de ugros, que habían devastado gran parte de la Baviera, pusieron cerco á dicha ciudad el año 955. Udalrico, Obispo de ella, poniéndose al pecho una Cruz á manera de coraza, y seguido de todo su clero y del pueblo desarmado, salió de la ciudad y penetró con esta muchedumbre en las filas de los feroces ugros. Permanecieron éstos inmóviles, como si el brazo de Dios les contuviera, y el emperador Otón, cayendo sobre aquellas hordas audaces que prometían avasallarlo todo mientras el cielo no se desplomase ó no se hundiese la tierra, las destrozó como alimañas inmundas y cobardes.

No fué menos maravilloso ni de menores alcances sociales lo acaecido en Bayona el año 1451, antes bien reúne, como el suceso de Apamea, los caracteres de un verdadero milagro.

Duraba todavía la guerra de Carlos VII contra la invasión de los ingleses en Francia. Los Condes de Foix y de Dunois sitiaron á Bayona, defendida por una guarnición inglesa, la cual prolongaba su resistencia con gran tenacidad, aun después de haberse rendido el castillo. Un prodigio que apareció en los aires determinó, por fin, la rendición de la plaza. Era un poco después de salir el sol, en el momento en que los franceses tomaban posesión de la ciudadela, y estando el cielo sereno. Apareció en los aires, encima

de la ciudad, una Cruz luminosa, de claridad deslumbradora, y á la vista de todos permaneció durante una hora entera. Este fenómeno fué considerado por todos como señal cierta de que Dios se declaraba contra Inglaterra, y en consecuencia la ciudad de Bayona se rindió *in continenti* á las tropas francesas.

Un prodigio tan milagroso, que produjo tan fuerte impresión así en los ingleses para ser vencidos como en los franceses para vencer, no podía racionalmente ponerse en duda por los ausentes ni los venideros: sin embargo, el conde de Dunois juzgó conveniente dar fe de la verdad del hecho por medio de documento público, para que sirviese de monumento á las generaciones futuras; aquel documento subsiste aún y anda copiado en muchas historias.

No podemos menos de consagrar aquí dos palabras á la visión de Alfonso I de Portugal, hijo de Enrique de Borgoña, de la casa de Francia, y de Teresa de Castilla. Era Alfonso conde de Portugal desde 1112, y en 1139, con ocasión de la batalla que iba á librar en Urique con un ejército de moros inmensamente más numeroso que el suyo, fué advertido por un venerable anciano, cuya santidad hasta los musulmanes respetaban, que al día siguiente se le aparecería en los aires Jesús Crucificado prometiéndole la victoria. La visión predicha se verificó; prometióle el Señor que alcanzaría victoria y sería aclamado rey, y así sucedió puntualmente.

Este suceso era demasiado notable para que Camoens lo olvidase en su poema épico, y demasiado importante para que los historiadores de España ó Portugal no le consagrasen alguna página; mas quizá resistiría difícilmente un examen crítico, no teniendo otro fundamento que la palabra de un hombre, gran capitán, sí, y príncipe respetabilísimo, valiente y religioso, pero quizá víctima de una ilusión que tan fácilmente podían infundirle la excesiva tensión de su tempera-

mento y las justas inquietudes sobre el éxito de la batalla. Como quiera que sea, la promesa real ó ideal que se le hizo, no fué vana: ganó aquella batalla, y después otra y otras, hasta engrandecer sus estados con el Beira y la Extremadura. Aunque la aparición no fuera real, sus triunfos se debieron al poder de la Santa Cruz, que él invocaba en todos sus apuros.

Nos alargaríamos demasiado si hubiéramos de conceder algún espacio á la mención de otros acontecimientos semejantes. Nuestro intento principal, al referir los más señalados triunfos de la Santa Cruz, es confirmar la fe de nuestros lectores en el poder divino que por medio del Lábaro salvador desplega el Rey de Reyes en favor de sus ejércitos, y avivar su esperanza en el triunfo que los profetas, señaladamente San Francisco de Paula, anuncian al ejército español de los Crucíferos; triunfo que será incomparablemente mayor que el de los primitimos Crucíferos españoles organizados por Constantino Magno, pues aquéllos eran simples abanderados y éstos han de ser guerreros valerosísimos para dominar el mundo y rendirlo al pie de la Cruz.

Donde menos cabe ó más irracional es la incredulidad ó la duda acerca del divino poder de la Cruz en las batallas y conquistas de Religión y Patria, es en España, cuya incomparable epopeya es un continuo canto épico al Signo de nuestra Redención, que nuestros padres pasearon victoriosos de mundo en mundo y lo hicieron adorar de paganos y herejes, de bárbaros y cultos, de rudos y de sabios. Y cuando menos puede ponerse en duda la autenticidad de las indicadas profecías y la seguridad de la futura cruzada, es hoy, pues basta elevar los ojos á los montes como David, para comprender de dónde nos ha de venir el auxilio. ¿No dicen nada á los que saben filosofar, nada á los hombres de corazón, esas Cruces que por todas partes se levantan hoy en las cimas de los montes? Estamos en el si-

glo de la Cruz. Viene la hecatombe en castigo de nuestros pecados, y en seguida vienen las victorias de la Cruz y la paz de Dios.

¿No me creéis á mí? Creed á los hombres pensadores y previsores que lo afirman. ¿Tampoco á estos creéis? Pues creed á los profetas enviados por Dios para avisar al mundo. ¿Tampoco dais fe á los profetas? Dadla á la filosofía de la historia, dadla á la lógica de la Providencia; mirad lo que pasa y juzgad á dónde nos conduce. ¿Tampoco esto os merece un poco de atención? *¡¡In peccato vestro moriemini!!* Seguid, seguid avivando la cólera de Dios: no por eso dejaremos nosotros de esperar en Él, repitiendo las palabras davídicas que se leen en el *Tracto* del Domingo de Ramos, día en que seguimos emborronando estos desaliñados artículos:

«En tí esperaron nuestros padres, Señor, esperaron, y tú los libraste. Á tí clamaron, y fueron puestos en salvo. Confiaron en tí, y no tuvieron por qué avergonzarse. Mas yo soy un gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección de la plebe. Todos los que me miraban hacían mofa de mí, y meneaban burlescamente la cabeza diciendo: «A ver si Dios le libra, ya que en Dios espera: sálvele, ya que tanto le ama»! ¡Señor, salva de las astas de los unicornios mi pobre alma. ¡Oh vosotros, los que teméis al Señor! alabadle, glorificadle. Será contada como del Señor la generación venidera, y los cielos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer, formado por el Señor».

X

Apariciones varias de la Cruz.

A la precedente brevísima descripción de las apariciones de la Santa Cruz con motivo de guerras religiosas, para dar el triunfo á los cristianos, es bueno siga la descripción, igualmente breve, de otras apariciones con que parece se propuso el Señor fines de

otro orden; y procediendo cronológicamente en cuanto el método nos lo permita, demos el primer lugar á las apariciones que pueden referirse con más corto relato.

Eutimio, en el título XX de la segunda parte de su *Panoplia*, menciona la aparición de una columna luminósa terminada por una Cruz, encima del Eufrates y lugar donde San Gregorio Taumaturgo acababa de bautizar con las aguas de dicho río á Tiridates, rey de Armenia, y muchos de sus vasallos, durante la persecución de Galerio. Quince mil neófitos entraron entonces en la Iglesia Católica; y este gran milagro, visible durante un día entero, fué ocasión de que se convirtiesen otros cuarenta mil infieles.

Según Sozomeno en el quinto libro de su *Historia Eclesiástica*, al entrar Juliano el Apóstata en la Iliria, fué sorprendido por una lluvia maravillosa, cada una de cuyas gotas imprimía una Cruz en los vestidos que tocaba, así en los de Juliano como en los de sus tropas. Muchas y varias interpretaciones se dieron al seceso; pero seguramente acertaron la verdadera aquellos que de lo acaecido dedujeron el breve tiempo que Juliano reinaría, y el triunfo definitivo de la Cruz, porque así sucedió.

San Próspero, en su libro de la *Predestinación*, p. 2. c. 34, dice lo siguiente acerca de otra aparición de la Cruz:

«Durante la persecución suscitada en Persia en nuestros días y bajo el imperio del muy religioso y cristiano príncipe Arcadio, que prefirió la guerra con los persas á entregarles los armenios refugiados bajo su amparo, aparecieron en los vestidos de los soldados unas cruces maravillosas, en el momento de empezar una batalla. Este suceso inspiró al príncipe, después de la gran victoria allí ganada, la idea de acuñar aquella moneda de oro con la efigie de la Cruz, que tiene curso en todo el universo y especialmente en Asia».

Pasemos al reinado del emperador Focas, de Constantinopla, un año solamente antes que el impuro

Mahoma levantase el estandarte del Corán en 610. Corría, pues, el año 609.

Tomás, Obispo de Constantinopla, supo que á la otra orilla del mar Negro, en Galacia, se pusieron en movimiento en las iglesias las cruces procesionales, de una manera extraña y sin que nadie las hubiera tocado. Alarmado por estas noticias, hizo ir á Constantinopla á San Teodoto Siceote, á quien preguntó la significación del prodigio.

«Pues que lo exigís, respondió el santo después de haberse resistido mucho, sabed que esta agitación de las cruces nos anuncia grandes males. Muchos abandonarán la verdadera religión; habrá incursiones de bárbaros, grande efusión de sangre, ruínas y sediciones por todo el mundo, y las iglesias serán abandonadas. Este momento terrible para el culto divino y el imperio se aproxima; no está muy lejos la llegada del enemigo. No os queda más recurso que pedir á Dios, como un buen pastor, que todos estos males sean mitigados por su misericordia».

Al año siguiente los persas, invadiendo el imperio, preludiaron las calamidades que preparaba Mahoma al Bajo Imperio y á los pueblos latinos del Occidente.

Los analistas y cronistas de la Edad Media refieren otras numerosísimas apariciones de Cruces en los aires y en los vestidos. Quizá alguna podría explicarse científicamente y alguna otra ser cosa de pura alucinación; pero no es posible formar de todas el mismo juicio, ni siquiera probable, mayormente considerando los sorprendentes efectos que siguieron casi á todas. La mayor parte fueron seguidas de pestes y mortandades como la que despobló á Constantinopla durante el imperio de Constantino Coprónimo, y que narraremos más abajo. Los estudiosos pueden hallar la descripción de las principales apariciones indicadas, en los anales de los Francos, año 781; Sigeberto, 786; Mariano Scoto, con ocasión del tercer viaje de Carlo-Magno á Italia; los Anales de Saint-Gall, años 784 y 956; Vitikin, en el reinado del emperador Otón; Ditmar, año 954; el continuador de Palmerius, años 1501

y 1503; Juan Biclarense, Hennio, Teófanes, Simón, Metafraste, Suidas, etc., etc.

Baronio cuenta también algunas de estas apariciones en sus *Anales eclesiásticos*. En el año 956 habla de una peste que hubo en las regiones del Norte de Francia, y dice tuvo por precursores unas Cruces misteriosas que repentinamente se vieron en los vestidos; *prodigiosis antea in vestibus crucibus apparentibus*. Estas Cruces aparecieron en Lorena, como se refiere en la vida de San Cauzlín, Obispo de Toul. Enrique, Arzobispo de Tréveris, se conmovió tanto de esto, que para perpetuar su memoria erigió á los dos años en su ciudad episcopal una Cruz, de la que el analista Brower, S. J., refiere la inscripción latina que traducimos:

«En memoria de los signos en forma de Cruz que hizo aparecer el cielo en los hombres, año de la Encarnación del Señor 958 y el segundo del episcopado de Enrique, arzobispo de Tréveris, éste la mandó erigir».

Añade el analista que estas Cruces fueron saludables á los creyentes y nocivas á los que las ponían en ridículo. Los creyentes, en efecto, oraron y se prepararon, mientras el azote iba sorprendiendo á los otros. Parécenos que la referida Cruz existe aún en Tréveris.

He aquí algunas otras apariciones relatadas como acontecimientos públicos por autores también contemporáneos de ellas.

Según el Abad de Usperg en su Crónica, á la muerte de Baduino, rey de Jerusalén, día de Pascua antes de amanecer, brillando la luna llena en todo su esplendor, el cielo pareció abrirse del lado meridional, y apareció una luz que eclipsó enteramente la luna durante más de una hora. En el seno de aquella luz, saliendo por la indicada abertura, vióse una gran Cruz, brillante como el oro y las piedras preciosas; de todo lo cual hay numerosos testigos.

Maffeï cuenta otra aparición con que fueron favo-

recidos Alburquerque y sus compañeros, durante una expedición al golfo Pérsico. A la vista de la Cruz, Alburquerque y sus gentes se prosternaron, rogando al cielo con extraordinario fervor que les fuese propicio, y derramando lágrimas de devoción. Alburquerque dió cuenta del suceso en carta que expresamente dirigió al rey D. Manuel.

Más extraordinario es lo que cuenta una *Vida* de San Luis IX, rey de Francia, escrita en latín.

«El año de gracia 1248, dice, mientras se predicaba la cruzada en Bedonfrise, población de la diócesis de Colonia, antevíspera de Pentecostés y en el mes de Mayo, viéronse en los aires tres Cruces; blancas las del norte y mediodía y obscura la del centro, en la cual se veía muy distintamente la efigie de un hombre crucificado y con la cabeza inclinada; los clavos de sus pies y manos se percibían con claridad».

Roger de Hoveden da testimonio de otra aparición semejante en Inglaterra, bajo el reinado de Enrique II.

«En Dustable, dice, á las tres de la tarde de un lunes víspera de San Lorenzo Mártir, abriéronse los cielos y millares de personas, así eclesiásticos como legos, vieron en el aire una Cruz de admirable grandeza en la que Jesucristo aparecía clavado y coronado de espinas. De las llagas de sus pies y manos, lo mismo que de su costado, manaba sangre en abundancia, pero las gotas no llegaban al suelo. Esta visión duró desde las tres hasta el crepúsculo».

Otras muchas apariciones de la Santa Cruz podríamos referir por el estilo de las anteriores, haciendo resaltar los castigos públicos ó ruidosísimas conversiones de pueblos enteros que siguieron á todas; pero sería alagarnos demasiado, por lo cual pasamos ya á otros acontecimientos que hallaron más eco en la historia.

XI

Aparición de la Cruz en tiempo de Constantino Coprónimo.

Cedreno refiere en su *Compendio de la historia*, que corriendo el tercer año (744) del imperio de Cons-